

FAMILIA

MORAL Y RECREATIVA.

APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE



# ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo. Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en látras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco centimos de peseta. Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenezcan. El precio de suscripcion es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

## SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi.—El niño y la azucena poesía por Candido Rosa Soriano.—El Secreto, novela, por Matilde Bourdon.—Correspondencia.

## EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

### CARTAS Á JULIA.

(CONTINUACION.)

Pero si los días eran tristes, ¿cómo te pintaré la tristeza de las noches?

Después de las oraciones venia el cura, el alcalde y el médico, y se hablaba un rato de la cosecha, de las defunciones y de los casamientos.

Un día estaba tan desalentada, que no tuve valor para salir de mi aposento. Permanecí durante muchas horas con las manos cruzadas sobre las rodillas, sin pensar en enjugar las lágrimas que inundaban mi semblante.

De repente sentí que dos manos se posaban sobre mi espalda; volví la cabeza y vi á la abuela.

Ella tambien lloraba, Julia!

Aquella mujer tan grave, tan severa, tan impasible al parecer, lloraba!

Yo no sé que inefable consuelo sentí dentro del alma, al ver que habia un ser que compartia mis sufrimientos.

La abuela se sentó á mi lado, cogió mi mano entre sus manos descarnadas, y guardó silencio; pero de sus ojos se desbordaban ardientes lágrimas, que caian una á una sobre su falda.

—Pobre niña! exclamó por fin con un tono tan compasivo que hizo vibrar todas las fibras de mi corazon. Pobre niña, que has pasado repentinamente de una vida bulliciosa á la vida casi monástica de esta casa!

Prorrumpí en sollozos.

La abuela pasó suavemente su mano por mis cabellos, y dijo con voz dulce y carinosa:

—Llora! llora! no se debe pedir á un corazon de niña la fortaleza que dan los años y



las desdichas. Lloró! yo llo. que se mitigue tu dolor...

Yo moví la cabeza en señal de duda.

—¿Crees que lo has perdido todo al perder la fortuna? repuso sonriendo.

—No, respondí.

—Es que tú no sabes, prosiguió con el mismo tono dulce é insinuante, tú no sabes que hay otro dolor inmenso en tu corazón, del cual no aciertas á darte cuenta. Otro dolor más grande, más poderoso, más noble que el que te causa la pérdida de esos placeres, á los cuales atribuyes todo tu desconsuelo: es que no te sientes amada... es, sobre todo, que no amas...

Di un grito. Así como el rayo esclarece repentinamente la lóbrega campiña, aquellas palabras iluminaron las tinieblas que cubrían mi corazón.

—Es que, disipado el vértigo que te aturdió, repuso la abuela, sientes que el vacío te cerca por todas partes, que te cerca por todas partes la horrible soledad del alma.

Mira, la flor, además de los rayos del sol, necesita para vivir que los insectos liben el néctar de que está sobrecargado su cáliz... La mujer, además de sentirse amada, necesita para ser feliz depositar en otros corazones toda la ternura de que está rebosando el suyo. Y si no, observa la naturaleza, donde todo es orden y armonía: los astros giran únicamente en los espacios, los pájaros en los aires, entre las aguas los peces, y es de la tierra de donde surgen tan solo las vistosas florecillas. Si sacaras á cada uno de estos seres de su círculo peculiar, perecería; así perece el espíritu de la mujer, creado para la vida íntima y tranquila, entre las borrascas del mundo y sus tumultuosos placeres.

Cada uno solo puede ser feliz haciendo aquello para lo cual ha venido á habitar la tierra; pero las criaturas inferiores al hombre, están exentas de orgullo, y no se equivocan sobre su verdadero destino. El torpe buey distingue entre las mil yerbas del campo la que debe servirle de alimento; y habiendo tantos y tan hermosos árboles, el gusano de seda solo se posa sobre las moreras. El hombre

un poco... lo que le falta. Mira si lo que le atribula es la pérdida de los placeres, ó no tener á quien dedicar sus tiernas palpitaciones. Mira si le falta el amor. Reflexiona bien, y si mañana vienes á decirme con toda franqueza el resultado de tus investigaciones, te indicaré el remedio de tu mal. Adios.

Adios, Julia, te digo yo á mi vez. Para escribirte robo el tiempo á mi descanso, y empiezo á tener sueño; adios.

### III.

¿Recuerdas, mi querida Julia, cuán dichosas éramos en los serenos días de nuestra infancia, recorriendo del brazo la una de la otra, las alamedas que cercan el humilde Manzanares? triste nos parecia la noche que venia á separarnos! ¡Con qué inesplicable júbilo saludábamos la aurora que debia reunirnos! ¿Por qué éramos tan felices, Julia? ¿Era porque llevábamos trajes de seda, y nos seguian una doncella y un lacayo? ¿Era porque nuestra casa estaba ricamente adornada, y teníamos muchos y bellísimos juguetes? ¿Era, por último, porque nos regalábamos con manjares delicados? Oh, no: no debia ser esto, porque cuando tu te enojabas conmigo, no hallaba placer en nada; porque cuando cometia alguna falta, y no estaba satisfecha de mi propia conducta, hasta mi lecho de plumas me parecia de espinas.

Pero cuando tú me sonreías, el campo se mostraba á mis ojos más espléndido que nunca, y si mi aya me prodigaba alguna merecida alabanza, mi corazón rebosaba de tanto



júbilo, que no cabia en todo el universo.

Luego era feliz porque nos amábamos, porque yo vivia en tí y tú vivias en mi alma, y además, porque mi pura conciencia nada tenia que reprocharme! Luego la felicidad no reside en los goces materiales, sino en los goces del alma!

Me acuerdo haber leído en cierto autor, que los hombres son niños grandes y su infancia un reflejo de la edad madura.

En efecto: este adolescente cabalgando sobre su caballo de madera, revela al hombre activo y afanoso de acometer grandes empresas; aquel, construyendo toscos juguetes, al industrioso, y el de más allá, bosquejando con su lápiz todos los objetos que se presentan á su vista ó convirtiendo cuanto toca en instrumentos de música, al artista. Puede luego variar de objetos pero no de instintos. ¿Por qué la mujer, que casi sin escepcion, cuando niña ama con ciega idolatria á sus muñecas, cifra todo su orgullo en remedar perfectamente á un ama de casa y en mantener el orden en el pequeño ajuar de sus protegidas, por qué luego, desmintiéndose á sí misma, desdeña con frecuencia esos pacíficos quehaceres, renuncia á sus sencillos gustos, hace traicion á su propio instinto?

Y no obstante, preguntad una por una á todas las jovencillas, preguntadlas cuáles son sus sueños más bellos, sus mas risueñas aspiraciones: todas os responderán que cuando sean mujeres, quisieran hallar un corazon amante en el cual depositar su ternura, tener una casa que dirigir y gobernar, hermosos niños que reemplacen á sus muñecas.

Esto piensa, esto desea la jovencilla; pero transcurre un año, hace su entrada en el mundo y se vuelve coqueta, egoista, casquivana, sacrificando el objeto de su cariño á un traje más ó menos espléndido, posponiendo á su deber la mas pequeña satisfaccion de su amor propio.

¿Que es, pues, lo que ha bastardeado su naturaleza, lo que ha falseado su instinto? La educacion, el ejemplo, la sociedad!...

Pero en el instante en que su alma pierde su inmaculada pureza, desde el instante en que

su pensamiento se deja arrastrar por ideas que no le son peculiares, da un eterno adios á la felicidad. Ni crisálida ni mariposa, perece entre las emanaciones de una atmósfera que no conviene á su desarrollo. Es como el pájaro que tiene las alas cortadas y rastrea sobre la tierra, suspirando sin cesar por su perdido cielo.

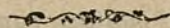
Hé aquí las reflexiones que me hacia yo á mi misma, Julia, paseando por el campo como me lo habia aconsejado la abuela. La tarde era hermosa, la brisa suave, y el hielo, convertido en gotas de agua, dejaba ver la menuda alfombra de muzgo que empezaba á cubrir la tierra.

Me senté sobre una piedra, debajo de un árbol solitario, que destacaba sobre el cielo su ramaje seco y retorcido.

A mis piés, un enjambre de hormigas, se afanaba en transportar á sus madrigueras algunos granos de trigo, recogidos tal vez muy léjos, y era de ver cómo se ayudaban mutuamente, procurando alijerar cada una á su compañera la pesada carga.

(Continuad)

Angela Grassi.



## EL NIÑO Y LA AZUCENA.

*Lamentabase llorosa,  
entre las manos de un niño,  
una flor como el armiño  
y fragante cual la rosa.*

*¿Por qué tu deseo impio,  
gritó la tierna azucena,  
á la muerte me condena  
robándome el albedrío?*

*¿No te basta la fragancia  
con que embalsamo el ambiente  
que respiras, que imprudente  
me arrebatas de mi estancia?*



*¿Qué te he hecho yo, débil flor,  
acida en ese regazo,  
para que tu fuerte brazo  
me sepulte en el dolor?*

*No te basta la humildad  
con que alfombró tus pisadas,  
y recreo tus miradas  
y perfume tu ansiedad?*

*¿No me ves siempre contenta  
dulcificar tus dolores  
con los vivos resplandores  
que Dios en mi frente ostenta?*

*Si mi frezcura al placer,  
al verme aquí te convida,  
¿por qué me quitas la vida  
para no volverme á ver?*

*Calló la flor sus congojas,  
mientras el niño indiferente  
iba arrancando inclemente  
una tras otra sus ojías.*

*Volvió el niño al otro día  
en busca de la azucena,  
y ¡cuánta no fué su pena  
al ver que ya no existía!*

*Entonces reconoció  
de la flor la justa queja,  
y de aquel sitio se aleja  
llorando el mal que cruzó*

*Pues, faltándole el placer  
que aquella flor le ofrecía,  
enfermo de hipocondría  
el niño llegóse á ver.*

*Tal es, niños, el castigo  
á que se expone imprudente  
quien mal hace al inocente...  
á perder un buen amigo  
y llorarlo amargamente.*

CÁNDIDO ROSA SORIANO.

## EL SECRETO.

(CONTINUACION.)

### CAPÍTULO V.

Las violentas emociones de estos debates habían sido demasiado fuertes para el joven abogado, y al salir de la audiencia se encontró tan mal, que se vio obligado á guardar cama. Declárase una enfermedad peligrosa por espacio de seis semanas. Alfredo luchó contra la muerte, y trascurrieron cuatro meses antes que pudiera salir y emprender de nuevo y con lentitud sus trabajos de bufete. En este intermedio nadie se había atrevido á hablarle de Rodolfo, por temor de causarle una impresión demasiado viva; sin embargo llegó á su conocimiento que este desgraciado había renunciado resueltamente al recurso de casación, y que había sufrido con admirable firmeza las humillaciones y angustias de su nueva condición, y que hacía ya dos meses había partido para Tolón con sus compañeros de infortunio. Antes de partir había dirigido á Alfredo un pequeño paquete cuidadosamente cerrado. Abrióle este, y encontró el reloj de su amigo junto con un billete.

El ruido que produjo este suceso atrajo sobre Alfredo el interés del público: su actitud, su sensibilidad, el talento que había desplegado en la defensa, el afecto que manifestó á su desgraciado cliente; todo contribuía á elevarlo á grande altura en la opinión pública. Aumentó en consecuencia su clientela, ensanchóse el horizonte de la carrera en que acababa de entrar: de todas partes acudían á sus luces; confiábanse á su habilidad y elocuencia los asuntos más áridos, las causas más ruidosas, y en pocos años había conquistado la fama de hombre honrado, de un hombre probo por excelencia, por que el carácter de Alfredo, grave desde su juventud, había adquirido con el tiempo, la experiencia y la desgracia, un tinte de austeridad que le atraía la consideración general. Buscado de todos, huía del mundo y vivía en el retiro entregado al estudio: rico, prescindía de las comodidades, mientras era sabido gustaba mucho de aliviar en secreto y eficazmente los infortunios ajenos: joven, no se entregaba á placer alguno: amado de cuantos le conocían, se encerraba en la modestia mas seve-



ra, colocábase siempre en el último lugar. Si alguna vez sus amigos se le quejaban de su poca socialidad y de su tristeza habitual, contestables no sin cierta emoción. «Bien sabeis qué eminente desgracia ha empozoñado mi juventud. Yo tenía dos amigos, dos hermanos... ¿qué se ha hecho de ellos? Devolvédme los, arrancad esta flecha de dolor que me traspasa el alma, y seré jovial, seré feliz, rejuveneceré... Pero el pasado está siempre delante de mí... Perdonad, amigos, si os apesumbro con mis tristezas, y cuando encontréis vuestros amigos de la infancia; compadecedme!»

Semejantes explicaciones aumentaban todavía las simpatías que Alfredo inspiraba á todos. Muchos padres y madres de familia habrían deseado tener por yerno á este joven, pues veían una prenda de amor y fidelidad en aquel profundo pesar que le inspiraba lo pasado; pero jamás había manifestado inclinación al matrimonio: su vida parecía entregada á un duelo eterno, y al perder á sus amigos había enterrado con ellos todos los gozos que podía prometerle el porvenir.

Sin embargo, interesábanse mucho por Alfredo en la ciudad donde vivía, formábanse planes para arrancarlo á la tristeza, incitarlo á escoger una compañera que calmase su dolor, y ocupar por fin en el mundo el sitio venturoso y brillante que le pertenecía. Cierta día un antiguo amigo de su padre, el doctor Bertrand, fue á verle. Encontróle solo en su gabinete, amueblado con la sencillez de un cenobita, sin más adornos que un busto de mármol de Carlos Dars, puesto sobre el escritorio, y una miniatura que representaba al infeliz Rodolfo, junto á la chimenea. Alfredo le recibió con aquel agrado que le era familiar, hizo que se sentara, y entablóse entre los dos una conversacion que al principio ofrecía poco interés. Al cabo de un rato el Doctor trató de incorporarse,—pues la gravedad de aquel joven imponía á cualquiera,—y por fin le dijo:

—Mi buen Alfredo, V. vive aquí muy solo!

—Es cierto, no tengo más compañía que mis papeles y mis libros.

—Pero ¿no valdría más una mujer digna, amable y virtuosa, que Ulpiano, Triboniano y Justiniano?

—Doctor, nunca he pensado en casarme.

—Ya piensan en esto sus amigos de V.

—Les agradezco sus bondades, pero son estériles.

—Sin embargo, si se le proporcionase una joven amable, de buena familia, bien educada, modesta, sin pretensiones, ¿rehusaría V?

Alfredo cogió la mano del antiguo amigo de su casa, y le dijo con grande emoción:

—¡Cuán bueno es V. y cuánto se lo agradezco! Lo que V. me propone me honra sobremanera, y hubiera podido hacer, se lo confieso, la felicidad de mi vida; pero no puedo aceptar; nunca me casaré!

—¡Nunca! Mucho decir es esto; pero en fin, ¿no podrá V. decirme por qué?

—El por qué consiste en la profunda tristeza que está desolando mi vida, y que me ha hecho renunciar á toda esperanza de ventura.

—Si: ya lo veo, fue un golpe cruel: perder de un modo trágico á un amigo de la infancia, perder otro por el crimen abominable que lo ha desterrado de la sociedad, es una gran desgracia; pero ¿no es esto mismo una razón de más para buscar en la felicidad doméstica el alivio del dolor?

—Imposible; ni yo puedo hacer feliz á nadie, ni nadie puede darme la felicidad. Mi corazón está desgarrado, y fuerza es decirlo, doctor, yo no aspiro á otra cosa que al término de mi existencia.

—Vamos, vamos, aleje V. estas lúgubres ideas ¡V. á quien se presenta tan bello porvenir!

—¿Qué importa el porvenir si no puedo recuperar lo pasado!

—¿Es V., pues, inconvertible? Medítelo bien,

—Mi resolución es irrevocable.

—¿Es esta su última palabra?

—La última.

El anciano doctor encogióse de hombros, murmurando entre dientes esta expresión: «A los testarudos hay que dejarlos hacer.» Tomó su bastón y su sombrero, y se marchó de mal humor. Alfredo lo acompañó hasta la puerta, luego se volvió á su gabinete, y después de una prolongada meditación sacó de un cajón secreto un cuaderno casi lleno, en el cual se puso á escribir con vivacidad febril.

## CAPÍTULO VI.

### El diario.

Siendo permitido al autor penetrar con mirada curiosa en lo más recóndito de los pensamientos de sus personajes, aprovecharemos esta licencia para leer algunas páginas del diario de Alfredo.

«¿De dónde procederá esta inconcebible necesidad de confesion que me incita á confiar al papel lo que quisiera sepultar en las entrañas de la tierra, en los abismos del Océano?... Este secreto horroroso que pesa sobre mi alma, que la oprime, que la deforma... ¿para ocultarlo á los



ojos del mundo lo he sacrificado todo, honor, conciencia, amistad, y sin embargo un movimiento irresistible me empuja fuera de mí mismo, y me fuerza á escribir lo que no pudiera articular! ¡Luego el crimen y las pasiones no pueden ahogar el sentimiento de justicia en el fondo de nuestra alma, puesto que por bajo que haya caído, siento la necesidad de confesar el delito, lo cual voy á confiar á este papel, por más que el descubrimiento de esta narración me arrastre al patíbulo ó manche para siempre mi memoria! Yo obedezco á este impulso; yo tengo necesidad de descargar mi corazón... ¡ay! ¡Qué ha sido de aquel tiempo en que no teniendo que confiar sino secretos inocentes, hallaba siempre dos corazones dispuestos á entenderme! ¡Qué he hecho yo de mis amigos? Paréceme estar oyendo aquella voz terrible y sagrada que en los primeros días del mundo gritaba el primer asesino: ¡Qué has hecho de tu hermano! ¡Donde huirás, Caín, para escapar de aquella voz vengadora? ¡A la eternidad? Dios y tu amigo, el vengador y la víctima, te aguardan allí. ¡Sobre la superficie de la tierra? Y ¡a dónde huirás que puedas escapar de la imagen de Rodolfo?

«¿Cómo he podido llegar á tal estado? Me acuerdo de una época en que ninguna pasión turbaba mi tranquilidad; me acuerdo de esa época como nuestros primeros padres se acordaban del Eden... Esa época está lejos, y el ángel con su espada de fuego no me deja acercarse á ella. Pero en fin, ¿cómo he podido hacer esto? Quería á mis amigos como ellos me querían á mí; no obstante, al lado de estos sentimientos, tan antiguos como yo, se formaron otros en mi corazón: la ambición, luego la envidia, después la pasión del Juego, la sacrilega sed del oro.... *sacra fames*, como la ha llamado el poeta con tanta propiedad.

«Un día—el más nefasto de mi vida—encontré á un hombre entregado á las especulaciones de la Bolsa, y trabé relaciones con él. Este hombre empezó á manifestarme gran interés por mí, revelóme el secreto de sus operaciones, é hizo brillar á mis ojos la fortuna, la opulencia, y todo este cumulo de ilusiones que causa tantas víctimas.

«Entré con timidez en este mal camino, arriesgando al principio sumas de poca importancia; pero como se duplicaron en pocos meses, este primer ensayo excitó mi ambición y concluyó por cegarme. Mi pérfido consejero se aprovechó de esta obcecación, y no tuvo necesidad de grandes esfuerzos para inocular en mi corazón ese apetito insaciable que conduce al abis-

mo. Bien pronto mis recursos fueron á parar en esta cloaca que se llama Bolsa.

«Tenía el aspecto de hombre de calma, frío y grave más de lo que mi edad y relaciones permitían; y mientras me citaban como un modelo de prudencia y reserva, el virus de la avaricia circulaba por mis venas: sentía ya una sed insaciable de riquezas, convirtiéndome en un jugador en toda la espantosa acepción de la palabra.

«Las personas prudentes y de costumbre morigeradas, que siempre han permanecido separadas del ardiente torbellino del ágio, que nunca han sentido el menor acceso de esa fiebre devoradora, no pueden formarse una idea del furor y frenesí que animan al jugador. ¡Dichoso quien ignora todos los días de su existencia las ilusiones falaces, los días galvánicos, las alternativas desgarradoras; los sueños espantosos, el despertar más espantoso todavía, las angustias mortales que torturan la vida del hombre entregado á la pasión del dinero!

«Todo sentimiento delicado se apaga, todo afecto noble y puro se aniquila... No hay más que el rayo que pueda despertar un corazón petrificado por esta horrible pasión... ¡Gran Dios! ¡el rayo lo habeis lanzado ya!

«Poco tardé en hallarme comprometido por fuertes sumas. Mi patrimonio, que nada tenía de considerable, estaba más que empezado. Bajo mi aparente gravedad ocultaba á los ojos de todos el asqueroso gusano que roía mis entrañas; todas mis operaciones se hacían á favor de un tercero que se enriquecía con mis despojos. Sabedor de la fortuna de Carlos, hícele bajo el sello del secreto ciertas revelaciones para asociarlo á mis negocios; pero si bien al principio encontré en él una indolencia completa, después á pesar de su carácter condescendiente, formó la inquebrantable resolución de no tomar parte alguna en lo que llamaba baturrillos de la Bolsa.

La situación era cada día más crítica; vislumbraba el momento en que mi ruina iba á ser pública y mi porvenir perdido; no me quedaba más que un recurso: probar fortuna haciendo el último esfuerzo. Presentábase á mis ojos una ocasión infalible, suprema; no aprovecharla era perderlo todo.

«Pero necesitaba fondos, fondos considerables. Para no experimentar un nuevo desden por parte de Carlos, determiné ir á encontrar una parienta que vivía con holgura en la campiña. Mis solicitudes no pudieron obtener nada. Creí triunfar de su resistencia con astucia é importunidad: pero después de haber prolongado mi estancia en su casa, tuve que marcharme sin obtener nada.



«Entre tanto el momento decisivo se acercaba; no había más que algunas horas de intervalo para realizar la operación que mi imaginación de jugador me presentaba siempre como la única tabla de salvación. Una noche abandoné la morada de mi parienta, corriendo á la ciudad, á pesar de lo avanzado de la hora y de lo borrascoso del tiempo. Mi cabeza se abrasaba, mi andar precipitado exaltaba mis ideas frenéticas. Llegué á la habitación de Carlos en el momento en que éste acababa de entrar... Carlos estaba también de mal humor; dirigíle mi pretensión con aire brusco, resuelto á no dejarle hasta que hubiese consentido en entregarme su dinero, ó por lo menos su firma. Contestóme con tono firme é impaciente; yo insistí con una tenacidad que concluyó por herirle. El se acaloró á su vez, y la discusión tomó un carácter repugnante y violento. Yo estaba desconocido á mis propios ojos y á los suyos.

«En esta hora infernal humillé, ultrajé á mi amigo. En fin, saliéndose de sus estribos, Carlos dijo con vehemencia: «Sal de aquí, quítate de mi presencia.» Y abrió la puerta con un gesto que tomé por una amenaza.

«Salí teniendo miedo de mi mismo... Llegaba apenas al extremo de la segunda calle, cuando oí junto á mí pasos rápidos, una respiración jadeante. A la luz de la luna reconocí á Carlos... El tendió la mano hácia mí; yo creí que venía á insultarme... Arranquéle su bastón y le pegué con él... Cayó, diciendo con una voz que vibró en mis oídos hasta el último suspiro:

«—Alfredo, ¡yo venía para reconciliarme contigo!...»

«Después no habló más: yacía la faz contra la tierra: traté de levantarlo... miré su rostro á la luz de los relámpagos que serpenteaban en el horizonte... Estaba pálido, inmóvil, fijas las pupilas, la boca abierta... ¡Vision terrible! ¡Carlos había muerto, y era yo quien lo había matado!

«Dejé el cadáver, huí... Cobarde y miserable, no podía soportar la vista de mi víctima: tomé de nuevo el camino de la campiña; entré como había salido, sin ser visto de nadie, y fui por un instinto de vergüenza y de temor á acurrucarme en un rincón de mi alcoba, donde permanecí varias horas en un estado de estupor inconcebible y que rayaba en locura. Dos ideas chocaban en mi cerebro: Yo he matado, ¿pero á quién?—A Carlos.—Y cuando me había hecho la misma respuesta, empezaba otra vez la pregunta, ahogando contra la tierra donde apoyaba mis labios, los gritos que esta convicción me arrancaba. Al levantarse el día, cuando escuché los primeros ruidos de la mañana, el instinto poderoso de la conservación se dejó sentir en mí notablemente;

un terror cobarde, horrible, me sobrecogió por completo; olvidé casi el asesinato para no ver más que el tribunal de los Asises, los jueces y el cadalso.

«¿Para qué quería vivir y ¿quién endo sed de olvido, del silencio, de la muerte? ¡Ah! Es que la muerte no es la nada: bien lo comprendía yo en aquella hora en que á través de la vergüenza y dolores de la pena que debía imponer la justicia humana, vislumbraba las insondables profundidades de la justicia eterna. ¡Tenía miedo; deseaba vivir!

«Viví; presentéme en la primera reunión de la mañana con la frente tranquila. Cuando la fatal nueva empezó á extenderse, representé el papel de sorprendido y desesperado como el primer comediante: los que se hallaban presentes se esmeraban en prodigarme los cuidados y consuelos que reclamaba tan penetrante angustia; pero cuando por la noche circuló el rumor de la prisión de Rodolfo, la febril agitación que de mí se apoderó no tenía por cierto nada de fingido. ¿Es posible experimentar semejantes tormentos y no morir? ¡Menester era que mi corazón fuese de bronce!... ¡Regresé á la ciudad, enteréme de todas las peripecias del interrogatorio y de la declaración tomada á Rodolfo ante el cadáver de quien hubiera defendido con el precio de su vida; supe las circunstancias que tendían á acusarle, y sin embargo, no sólo no me denuncié á mi mismo, sino que añadí un nuevo crimen al primero, mil veces más odioso: después de sacrificar á Carlos á mi cólera, inmolaba á Rodolfo á mi cobardía. Yo quería vivir, y continué callando; acusaban á Rodolfo, yo mudo; arrastráronle al banco de la ignominia, yo silencioso; yo con este silencio le robaba su honra y su vida, ¡yo siempre callando! El mismo sin sospechar nada me encargó su defensa, lo cual acepté con alegría, pues tenía confianza de salvarle, pero la justicia divina no permitió tal gloria ni tan poderoso consuelo, y por grandes que fuesen mis esfuerzos, Rodolfo fué condenado á trabajos forzados. Yo escuché la sentencia y permanecí mudo... El vil amor de la vida me venció, y los remordimientos de la conciencia no fueron bastantes para arrojarme á los pies de los jueces y confesar mi crimen.

«Una larga enfermedad se sobrepuso al sentimiento de mis males.

«Aletargado por mis dolores físicos, tuve aún bastante fuerza de voluntad para no revelar entre los desvaríos de la calentura el terrible secreto que me oprimía. Curé, y me mandaron un paquete de parte de Rodolfo. Abríle y encontré dentro un reloj con estas palabras: «A mi defen-



«sor;» y además un billete con estas pocas líneas:  
«A Alfredo. Yo creo conocer al culpable, pero  
«jamás descubriré el secreto que he penetrado.  
«Que Dios conserve su vida, y acuérdesse que Ro-  
«dolfo le ha perdonado.»

«Estas palabras misteriosas nunca se apartan  
de mi memoria, comparables al *Mane, Thecel, Phares*, escrito á la vista del rey de Babilonia.  
La voz de Carlos moribundo: la mirada de Rodolfo en el momento en que los gendarmes se lo llevaban; aquella voz que me decía; «Vengo á reconciliarme contigo;» esa mirada que hacia un llamamiento supremo á mi conciencia, como diciendo: ¿No me salvarás por ventura? he aquí los instrumentos del suplicio terrible á que estoy condenado. El gusano que nunca muere, el fuego que nunca se apaga, van conmigo en todas partes, están en el fondo de mi corazón, y lo que más me impone es el temor de los juicios de Dios y el horror inconcebible que me causó á mi mismo.

«Durante los debates fué cuando adivinó Rodolfo mi fatal secreto. Lo que pude ocultar á los ojos de todos, á las investigaciones de la justicia, familiarizada, sin embargo, con el disimulo y con las tretas de los criminales, no fué posible velarlo á la mirada penetrante del amigo de mi infancia, que conocía perfectamente los pliegues de mi interior, mi fisonomía, mi gesto y mi voz. Nimiedades, visos imperceptibles para los demás, me han hecho traicion á sus ojos... Comprendió y calló. ¡Generosidad que me anonada y me confunde! El inocente en toda la extensión de la palabra; yo culpable endurecido, dos veces homicida, asesino de mis hermanos, ladrón de su honra, ¡que puede salir de mí que sea bueno, que sea justo!... ¡Yo sólo he sido fuerte para matar, sólo constante para callarme!

«¡Y el mundo me honra! Vivo rodeado de una consideración que me abrumba y me hace más despreciable á mis propios ojos. Cada tributo de estimación me envilece: yo me deshonro más y más en el tribunal de mi conciencia al aceptar esas muestras de aprecio de que soy tan profundamente indigno, y todos cuantos títulos robados y homenajes usurpados me prediga el mundo embaucado sólo sirven para aumentar el peso que me aniquila.

(Continuará.)

Matilde Bourdon.

## CORRESPONDENCIA.

*Santiago de Calatrava.* Señor don J. S. M., tanto V. como don M. M., tienen abonado hasta fin de Abril del 80.

*Segovia.* Señora doña L. G., en nuestro poder los 20 rs., le damos gracias por su bondad.

*Salas.* S. D. J. M., en nuestro poder los 16 rs., quedo complaciendo en lo que indica.

*Santiago.* S. D. E. V., quedaron recibidos los fondos que embió; ya sabe V. que le apreciamos y le agradecemos su interés: los trabajos de que habla ya habrá visto publicados algunos, sírvase decir si doña M. L., figura con otro nombre, pues no la encontramos en Carballo.

*Sevilla.* Sra. doña L. Y., conformes con su cuenta.

*Sahagún.* Sra. doña N. F., deja abonado hasta fin de diciembre del 79.

*Santiago de Calatrava.* Srta. doña T. L., recibidos los 12 rs., y le damos gracias por su bondad.

*Segovia.* Sr. don M. C., puede V. enviar el dinero como indica.

*Écija.* Sr. don J. G., le mandamos los números que desea; deja pagado hasta fin de Marzo del 80.

*Encinas de Abajo.* Sr. don P. M.: recibidas las 8 pesetas.

*Crañen.* Sra. doña M. P.: tiene V. abonado hasta fin del 79.

*Jaen.* Sra. doña E. O., mi querida amiga: recibidas las 7 pesetas; ya sabe V. que pago su afecto con el mío pues es una herencia que aunque nada vale, recibió V. de su madre. El retrato se lo remitiré tan luego como lo haga.

*Realejo Alto.* Sr. don J. L. G.; se recibieron los 60 rs. y se remitieron los números que deseaba.

*Lugo.* Sr. don F. M.; en nuestro poder los 28 rs.

*Las Palmas.* Sra. doña M. del P. L.: recibidas las 7 pesetas.

*Linas de Broto.* Sr. don J. S.: quedan anotados 20 rs. á V. y 20 á don D. A.

*Maella.* Sra. doña M. M., deja abonado hasta fin de Junio; ya sabe V. que la apreciamos siempre.

*Lorquí.* Sra. doña R. de M., en nuestro poder los 32 reales.

*La Sella.* Sra. doña M. C., estamos conformes con su cuenta.

*Lugo.* Sr. don F. L. B., doña R. G., solo adeuda 16 reales.

*Zaragoza.* Sra. doña Y. P., recibidos los 10 rs.

*Maella.* Sra. doña C. Y., en nuestro poder los 10 reales, y se hará como desea.

*Moral de Calatrava.* Sra. doña E. M., quedan anotados los 50 rs. y le damos gracias por su bondad.

*Medrana.* Sra. doña B. C. de E., queda pagado hasta fin de Junio.

*Montefrío.* Sra. doña M. A., en nuestro poder los 58 rs. y le damos gracias por su bondad.

La Directora.

Granada.—Imprenta de «La Madre de Familia».